

GLOSAS Y COMENTARIOS

EL JEFE SOCIAL

Este ha sido el tema de la XXXV Semana Social del Canadá, correspondiente a 1958 y celebrada en Moncton para el Canadá francés. Merece un ligero comentario siquiera el tomo que nos llega, con el gran valor de las lecciones, centradas en la preocupación por los Jefes Sociales.

Mons. dell'Acqua, en nombre de S. S. Pío XII, felicitaba a los organizadores de la Semana por la elección del tema; es un arte difícil, decía, el ser jefe, ser un verdadero jefe cristiano consciente de todas sus responsabilidades sociales; y adelantaba algunas de las sugerencias que habían de tener amplio desarrollo en las ponencias: la importancia de la formación social en largos años de estudio para todo aquel que se prepara a ejercer responsabilidades al servicio de la sociedad; la conducta social del jefe, el que sea, pide estar estrechamente ligada a sus condiciones religiosas y a sus esfuerzos de vida moral; para facilitarlos se deben crear y se deben vitalizar diversas formas de acción católica y acción social, adaptadas a las necesidades del país.

Definición.

El P. Archambault, fundador y alma de las Semanas —se le presenta como auténtico «jefe social» por uno de los ponentes—, en la sesión de apertura fijaba por una parte el concepto del jefe social, dando por supuesto que para la mayoría había de resultar expresión nueva, o que por lo menos había de escapárseles la significación exacta.

Lo define así: «Jefe social es el que, en el medio en que vive, se impone por sus cualidades morales y profesionales puestas al servicio del bien común.» Por lo tanto no es la profesión la que le hace jefe social, sino la manera de ejercerla; por eso pueden existir, y pueden fallar, entre los industriales, obreros, abogados, médicos, etc. «Los jefes sociales —dice esquemáticamente otro ponente— son los que están, en su medio, al servicio del bien común. Un tercero: «El jefe social es el hombre que, en el medio en que vive, se impone por sus cualidades profesionales y morales, puestas al servicio del bien común.» Tal vez fijándose más en la actuación que le compete, en otras lecciones se habla del jefe social como de «la persona privi-

legiada sobre quien recae la tarea de conducir los hombres; pertenece a una selección»; o del «hombre competente que por su función o su posición es llamado a dirigir a otros hombres».

Al servicio del bien común.

En eso coinciden todos. No posee las cualidades que le adornan ni ocupa el puesto de altura para mirar por su bien particular. Ha de estar ajeno al egoísmo. No debe dejarse influenciar por el ambiente ni por los llamados «grupos de presión» que atacan directa o indirectamente, de forma más o menos clandestina. Debe luchar contra la suma de particulares intereses; con peligro de quererle identificar ese interés de varios, o de muchos, con el interés del bien común. El bien común no es un acervo de donde viene a coger cada uno (sentido socialista) lo que le interesa; no es un vasto dominio sobre el que cada cual tiene sus derechos, con la sola condición de respetar la porción de los otros.

La definición más concisa, al mismo tiempo que la más completa, está recogida de labios de Su Santidad Pío XII en el Radiomensaje de diciembre de 1942: «Es la realización durable de las condiciones externas y necesarias al conjunto de los ciudadanos para el desenvolvimiento de sus cualidades, de sus funciones, de su vida intelectual, material y religiosa.» Por poderoso y rico e inteligente que sea, todo ciudadano tienen necesidad de condiciones particulares independientes de él, que sobrepasan su capacidad de realización, para desenvolver sus talentos, ejercer sus funciones y vivir en plenitud su vida intelectual, moral y material. La realización de estas condiciones indispensables o deseables habrá sido la obtención del bien común. Servir el bien común es, por lo tanto, tratar de realizar esas condiciones requeridas. Como elementos esenciales del bien común están: un orden público externo, prosperidad material para todo el pueblo, difusión de valores intelectuales, espirituales y morales.

Cualidades del jefe social.

No todos los que ocupan un puesto de mando poseen necesariamente cualidades de jefe social. El sistema en que vivimos no es el mejor para dar el puesto a quien lo merece. Y, sin embargo, el porvenir de la sociedad depende de los jefes.

Se señalan, entre otras, como cualidades indispensables:

— *Competencia*: «ciencia de la experiencia»; resultado de la instrucción metódica y de la experiencia adquirida. La ciencia inspira confianza; la ignorancia la suprime. Aunque maestro en su arte, el jefe retardará el progreso social si no conoce los miembros de la sociedad en que vive; sus aspiraciones, problemas, soluciones. Ciencia y conciencia.

— *sentido social*. Ejemplo de las abejas (Pío XII). Debe gustar, amar la colaboración y prestarla con delicadeza, con elegancia.

— *espíritu de iniciativa*, pero prudente y basado en profundas convicciones cristianas. Este espíritu de iniciativa, en su desarrollo, debe estar compuesto de prudencia, tacto y abnegación. El pueblo es desconfiado y a veces ingrato. Psicología social.

— *espíritu de decisión*. Es un compuesto de paciencia, clarividencia, diplomacia. Las decisiones hay que tomarlas, a veces, con rapidez, a la vista del pueblo, de la masa. Y sin embargo no debe querer aturdir gritando ni tomando resoluciones que hay que rectificar al momento. Debe tener bien conocida la mentalidad, la psicología; porque no es lo mismo tomar decisiones con números ante la vista que con datos sociales; no es lo mismo ser jefe de empresa que jefe social.

— *entrenamiento*. Habilidad para persuadir, para invitar a seguir, para arrastrar. No consiste en pruebas de vigor, elocuencia, audacia; más bien en hacer trabajar en común, utilizar los mejor capacitados para cada caso. Hacerse obedecer y hacerse amar. Unir a los hombres. Ser jefe no es solamente hacer una obra; es, sobre todo, formar almas, conquistarlas, amarlas, unir las; y ser amado.

En el medio obrero.

El jefe social en el medio obrero debe conocer a la perfección el ambiente en que se mueve. Ambiente económico, social, intelectual y moral. Debe tener conocimiento lo más exacto posible del desarrollo económico e industrial a que ha llegado la nación; las reacciones de las clases intelectuales, clase burguesa y mundo profesional; la de los trabajadores ante el desenvolvimiento industrial. Debe saber medir la noticia y el aprecio por la masa obrera del alcance de las asociaciones profesionales, concretamente de los Sindicatos. Debe saber educar y llevar por razonamientos a esa masa de obreros, cuando quisieran una revolución inmediata, realizada por las asociaciones profesionales, para el logro de sus reivindicaciones.

Debe tener una formación social cristiana a fondo. A veces un mal llamado sentido católico le deja indeciso para tomar determinaciones y orientar, con criterio firme y sin vacilaciones, las ideas y los acontecimientos.

Debe saber contar con la oposición para no acobardarse cuando surjan las dificultades; con una formación doctrinal tal que le permita proceder por convicciones, no por posturas de desafío.

Debe ser un hombre de acción con sentido católico, pero audaz, animoso, que no pierda la cabeza con ciertos éxitos, pero con la tenacidad y coraje suficientes para no desmayar ante posibles fracasos.

Debe ser dinámico y adaptado a la vida moderna, buscando influir con eficacia.

El militante obrero no es precisamente un hombre de investigación ni

principalmente de estudio, sino de acción. Y su acción debe ejercitarla no aislado, como francotirador, como guerrillero que puede causar impactos efectistas, sino apoyado en estructuras, en organizaciones que multipliquen su acción y su efecto. Por lo tanto, debe estar persuadido de la fuerza que tienen las organizaciones, concretamente los Sindicatos, bien organizados y con auténtica representación del pueblo.

Junto con las cualidades morales debe armarse intelectualmente para saber proteger, defender y promover los derechos de sus compañeros. Esto supone el conocerles de antemano, con la limitación que de hecho tienen.

En el ambiente rural.

Se necesitan jefes sociales hoy día en el medio rural tanto como en la industria: por la evolución del campo; por la concurrencia en la producción, cada día más acentuada; por el peligro de la creciente deserción ante la mecanización y la no comunicación de beneficios en las empresas campesinas.

Reconocido el grado de dificultad, no hay que cruzarse de brazos; entre otras razones, porque la huida del campo no es solución del problema social, mirado en su conjunto.

El jefe social en el medio rural es difícil el que se dé, sobre todo con las cualidades típicas y necesarias: para mejor acertar debe sentirse colaborador y brazo derecho del sacerdote, del agrónomo, del cooperativista, de todos aquellos que piensan en una elevación del trabajador agrícola. Debe ser organizador de la clase campesina, dirigiendo la producción. Hoy día estamos abocados a una revolución agrícola; se tiende cada vez más a la especialización, a la diferenciación; se compra lo que antes se confeccionaba en casa; hay gran facilidad de comercio. Por otra parte se organizan los monocultivos con tendencia a la explotación. Todo ello hace caer en la cuenta de la necesidad de esa dirección en la agricultura. El jefe social debe saber otear el horizonte para ver por dónde vienen las cosas y dar una orientación oportuna.

Ha de preparar pacientemente a los agricultores, pero con urgencia, ante las exigencias de esta transformación, sabiendo vencer las dificultades que la formación cultural impone, bien a base de círculos de estudio, conferencias populares, diálogos íntimos.

El jefe social debe poseer un gran sentido humano, penetrado de una psicología especial que ese mundo en que está inmerso requiere; saber vencer, animar, sacar de la rutina y lanzar hacia novedades requeridas, sin violentar. Debe ser un gran observador y debe tener la humildad suficiente para consultar a aquellos que por su posición espiritual, intelectual o de experiencia pueden iluminarle.

¿Existen tales jefes en el campo? El ponente de la Semana Social aludida cree que sí, después de veinte años de actividad. Pero hay que trabajar para descubrirlos, adivinando, tal vez en bloques sin formas, los que pueden llegar a ser sometidos a un trabajo educacional lento y constante.

En ellos hay que desenvolver como cualidades indispensables amor entrañable al campo, fe inquebrantable en el objeto y en el éxito de la causa, competencia, disciplina, constancia.

Formación intelectual y social.

Es el resultado de la instrucción perfeccionada por la educación. En el jefe social tiene importancia transcendental el estudio serio. Estará firme en su posición si posee principios incommovibles. Supuestos éstos, más que del volumen, de la cantidad de conocimientos, se trata de la calidad. Su formación intelectual no debe alejarle por cultivo de frío «intelectualismo», sino aproximarle a la masa en la cual tiene que influir.

Hay que formar dirigentes que sean capaces de ser jefes sociales en este orden social que la ciencia y el progreso han impuesto, teniendo en cuenta que el orden social se ha dado sin que el mundo estuviera espiritualmente preparado para él. Al hablar de la formación social no introducimos nada nuevo en la formación cristiana; insistimos en la necesidad de lo social que las circunstancias han impuesto.

La formación social de los jefes debe ser dinámica. Las masas no hacen gran cosa por iniciativa propia; se dejan conducir por hombres superiores. Pero, precisamente porque es complejo lo social del mundo actual, no cabe la improvisación. El jefe debe tener un sentido de responsabilidad social, de que hoy se carece y que, sin embargo, la colaboración en el trabajo exige. La responsabilidad social no se limita a las exigencias del bien común determinadas por las leyes positivas; se extienden también a las que no lo están; no se limita por los deberes de justicia social; se extiende a cuanto es objeto del bien común. Esta formación social es moralmente necesaria como consecuencia de las circunstancias actuales donde el trabajo en común adquiere cada vez más importancia.

Formación religiosa.

Las ideas religiosas no avanzan al mismo ritmo que las técnicas y científicas. La religión no tiene la voz dominante en el parlamento, en la industria, en el comercio, en las profesiones. Y es necesario que se oiga la voz de la Iglesia.

Por lo tanto, el jefe social debe recibir una formación religiosa nueva, acomodada a las necesidades modernas del mundo. Esto es lo que la Iglesia espera de él y esto es lo que el mundo actual le exige.

La enseñanza no se trata de que sea nueva en sus principios y fundamentos, pero sí en sus aplicaciones. Hoy día el papel del jefe seglar deja de ser pasivo para convertirse en activo. Pero debe estar persuadido de que la Iglesia no le impone arbitrariamente un papel; es exigencia del concepto de cuerpo místico. Quien ha recibido mayores dones de cultura, de religión

y de moral tiene obligación positiva de amar ayudando al prójimo. En esa misión que la Iglesia ha recibido, los jefes sociales cristianos tienen un puesto que cumplir; y las circunstancias, la formación, los bienes materiales, culturales o morales le dirán dónde ha de ejercer su apostolado. Los puestos son muchos y la labor por realizar hasta llegar a la «consecratio mundi», de que hablaba Pío XII, es muy grande: en las industrias, en la legislación civil, en las asociaciones cristianas o neutras, en la organización del apostolado seglar.

Debe poseer una fe luminosa, necesaria en esta sociedad con ausencia de Dios. Una fe «adulta», «único valor definitivo en la vida temporal del hombre» (Pío XII). La mayor parte de las crisis religiosas se dan por haberse quedado en una fe infantil. La fe adulta interesa al corazón, la inteligencia, la voluntad. Pero es una gracia y hay que pedirla humildemente a Dios.

Formación nacional.

La patria es una realidad concreta. Son evidentes los beneficios que el hombre recibe de la patria en que ha nacido y vive; hay una deuda contraída.

Al hablar del jefe social patriota no se trata del que procede por instinto, sentimientos, una pasión que le lleva a impulsos irreflexivamente. No hay que minimizar ni exaltar con exceso el sentido de patria: regionalismos, provincialismos, xenofobia, etc.

Un buen jefe social patriota es el que posee un conocimiento completo del país, de su historia, del momento histórico industrial, económico. Echa mano para llegar a esa formación nacional, supuesto el amor equilibrado de la patria, de todo aquello que le hace caer en la cuenta de los auténticos valores y del contraste en los miembros de la patria, tan lejos muchos de ellos de ese nivel económico-social o religioso necesario.

F. V.